

El juego de la sombra

LOUISE ERDRICH

Nuevos Tiempos **Siruela**



Louise Erdrich

El juego de la sombra

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Índice

Cubierta

El juego de la sombra

Parte I

Parte II

Parte III

Parte IV

Parte V

Riel

Créditos

Notas

El juego de la sombra

Parte I

2 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Ahora tengo dos diarios. El primero es una libreta de tapa dura y roja, como aquel en el que llevo escribiendo desde 1994 cuando tuvimos a Florian. Me regalaste el primer cuaderno para que plasmara mi primer año como madre. Fue un bonito gesto de tu parte. Desde entonces, he escrito en una agenda parecida. Guardo los diarios al fondo de un cajón en mi despacho, ocultos tras papel de regalo y lacitos. El último, el que te interesa ahora, está escondido al fondo de un archivador que guarda antiguos extractos bancarios y cheques sobrantes de cuentas ya cerradas, el tipo de papeles que ambos prometíamos destruir cada año pero que acabábamos archivando en carpetas. Después de una intensa búsqueda –sospecho–, has encontrado mi diario rojo. Lo has leído para averiguar si te estoy engañando.

El segundo diario, que podría llamarse mi diario verdadero, es el que estoy escribiendo ahora.

Hoy salí de casa y me dirigí a la sucursal del Wells Fargo Bank que está situada en el distrito residencial de Minneapolis, en los bajos de la Sons of Norway Hall. Dejé el coche en el aparcamiento para clientes, franqueé la doble puerta acristalada y bajé la escalera de caracol hasta la recepción de las cajas de seguridad. Llamé a un pequeño timbre y apareció una mujer llamada Janice. Me ayudó a adquirir una caja de seguridad de tamaño mediano. Pagué en efectivo un año de alquiler y firmé la tarjeta de la caja de seguridad por triplicado para la comprobación de la firma. Cogí la llave que me tendió Janice. Juntó mi llave con otra y me condujo a la zona donde se encuentran las cajas. Después de sacar la mía de la pared, me hizo pasar a una de las tres pequeñas salas privadas; cada una contenía tan sólo una repisa a modo de escritorio y una silla. Cerré la puerta de mi cubículo y saqué este cuaderno azul de mi gran bolso de cuero negro que me regalaste por Navidad. Transcurrieron diez o quince minutos hasta que pude empezar. No sabría decir si lo que sentía era pánico, dolor o, posiblemente, alegría.

En cuanto el ruido del motor del coche de Irene se desvaneció hasta fundirse con el suave murmullo de la ciudad, Gil se incorporó. La toalla que utilizaba para cubrirse los ojos se deslizó de su rostro. Se tumbaba a menudo en el sofá de su estudio cuando necesitaba refrescarse los ojos, y a veces se quedaba traspuesto. Podía dormir incluso una hora, pero por regla general se despertaba sobresaltado al cabo de quince minutos, despejado y espabilado como si se hubiera dado un chapuzón en un

gélido río subterráneo. Se sentó y buscó a tientas sus gafas, que a veces dejaba apoyadas de cualquier manera en el pecho. Efectivamente la montura metálica se había caído al suelo. La recogió y la ajustó detrás de las orejas. Su espesa mata de pelo le caía sobre la frente, se atusó el cabello hacia atrás, lo arregló y volvió a atarse su corta cola de caballo gris. Se levantó, se acercó al retrato de su mujer y lo observó. Tenía los ojos muy juntos, fríos, curiosos y oscuros. Apoyó un nudillo en la barbilla. Sus delgadas mejillas estaban salpicadas de pintura amarilla.

Estudió detenidamente el parecido con Irene, después frunció el ceño y apartó la mirada, entrecerrando los ojos como alguien que no consiguiera distinguir una silueta a lo lejos. De pronto se inclinó hacia delante y añadió un par de tensas pinceladas. Retrocedió, envolvió el pincel en un trapo engrasado y lo guardó junto con la paleta en una bolsa de plástico con cierre de cremallera. Depositó la bolsa en un pequeño frigorífico. Abandonó el estudio y bajó las escaleras con premura hasta la cocina. Cogió del frigorífico la única lata de coca-cola que se permitía tomar al día. Mientras bebía el refresco a pequeños sorbos, siguió bajando hasta llegar al despacho que tenía su mujer en el sótano. Se dirigió directamente al archivador metálico de color arena y abrió un cajón donde podía leerse «Cuentas antiguas».

1 de noviembre de 2007

Diario rojo

Qué día más extraño, con la casa tan vacía y Gil en el piso de arriba rematando un cuadro indefinidamente. Sospecho que le cuesta pedirme que vuelva a posar para él. Flo y Stoney ya se han recuperado de la fiebre. Riel nunca se pone mala, pero lo está pasando mal este año en el colegio. Stoney está fabricando un juego de mesa para algún proyecto extraescolar relacionado con los hábitos de los osos negros. Muy típico de Minnesota. Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo.

Pensó sinceramente que podía sentir cómo le daba un vuelco el corazón al leer esas palabras. «Creo que voy a enloquecer con lo que

estoy haciendo.» Apoyó la cabeza en el frío escritorio de roble de Irene, pero enseguida pensó, como siempre hacía cuando se topaba con alguna mención oculta al otro hombre: «¿Qué coño esperaba? Me he metido en esto yo solo. Me lo he buscado». Intentó controlar su reacción y se obligó a considerar otras explicaciones: es posible que se refiriera a su tesis de Historia. O a ese viejo ensayo sobre Louis Riel. Antes de tener a los niños, había publicado varios artículos que fueron considerados especialmente brillantes; era una estudiante muy prometedora. Su trabajo había incluido nuevos datos que arrojaban luz sobre el estado mental de Riel. Continuó trabajando después del nacimiento de Florian. Pero cuando volvió a quedarse embarazada, abandonó su investigación –aunque puso a su hija el nombre del depresivo patriota metis, un hombre con quien su propia familia tenía un lejano parentesco–. Riel tenía once años. Y ahora que Stoney estaba en primero de Primaria, Irene intentaba terminar su tesis doctoral para poder buscar un empleo. El tema de su tesis versaba sobre el pintor de retratos de indios norteamericanos del siglo diecinueve, George Catlin.

¿Tal vez sufría cierta frustración académica? Enloquecía con aquellos retratos torpes, repetitivos y sinceros de gente que poco después enfermaría y moriría. El mismo Gil no soportaba mirar los cuadros de Catlin. Su trágica ironía le escandalizaba. Y en cuanto a Irene, no dejaba de ser una mala excusa.

«Creo que voy enloquecer.» Pues mejor, eso demostraba que a Irene todavía le quedaba algo de conciencia. De algún modo merecía sufrir, en secreto, en su interior, más aún en público, por lo que les estaba haciendo a todos ellos. ¡Despreocupada, descuidada e imprudente! Se enfureció y golpeó la mesa con las manos. Unas gotas de coca-cola saltaron de la lata, pero ésta no se volcó. Apuró todo el refresco antes de dejar el diario exactamente de la misma manera en que lo había encontrado. Pensó en marcar el número del móvil de Irene, pero no creyó que fuera a contestar. Irene no paraba un momento por las tardes y hacía miles de gestiones antes de recoger a los niños. Siempre regresaba con alguna prueba palmaria de lo que había llevado a cabo: una bolsa de provisiones, un barreño de plástico o recibos del banco. O hacía ejercicio: era fuerte y tenía una insolente confianza en su cuerpo. Estaba convencida de que podía hacer cualquier cosa. Era una magnífica

nadadora. Por supuesto no había nada malo en ello. Muchos deportistas eran emocionalmente inestables. Sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

Irene America era más de diez años menor que él y había sido la modelo de sus retratos a lo largo de todas sus encarnaciones: delgada y virginal, infantil, después femenina, embarazada, desnuda, en una pose recatada o francamente pornográfica. Había bautizado cada retrato con su nombre: *America 1*, *America 2*, *America 3*. *America 4* acababa de venderse por una cantidad de seis cifras. Ojalá se hubiese quedado con algunos de sus primeros y mejores retratos. Ahora se vendían a unos precios mucho más altos. Las series empezaban a adquirir fama, si no la tenían ya. Antes de Irene, había pintado paisajes, escenas de reservas indias que la gente comparaba con la obra de Hopper. Le habían llegado a llamar el Edward Hopper indio. Irritante. No había estudiado Bellas Artes, pero había leído mucho y pintado más; pintado y observado. Después, había vivido en Nueva York durante dos años, en los que había trabajado para galerías de arte y realizado instalaciones para otros artistas. Cada noche volvía a casa y se dedicaba a su propia obra. Durante un tiempo fue profesor en un pequeño instituto. Pero los estudiantes le habían parecido engreídos y prepotentes. No tuvo paciencia con ellos. Consiguió ahorrar un poco de dinero y empezó a pintar a tiempo completo. Sus cuadros se vendían. No miró hacia atrás. Tenía éxito, incluso cierta fama. Era un artista capaz de mantener a su familia con su trabajo: ya era algo. Pero ahora había perdido la confianza en sí mismo, y también el control. Sus cuadros le rehuían porque Irene ocultaba algo. Podía verlo en la opacidad de sus ojos, en la insolencia de su carne, en la impaciente apatía de su cuerpo cuando bajaba la guardia. Había dejado de amarle. Su mirada era un vacío sin aire.

Gil todavía permanecía sentado delante del escritorio de Irene cuando los niños entraron dando un portazo en la planta de arriba, tirando los abrigos y quitándose las botas. Oyó sus mochilas que caían justo encima de su cabeza y, a continuación, pasos que se alejaban hacia

la cocina. Se calmaron y abrieron el frigorífico, hablando en susurros mientras masticaban. Irene mantenía el cajón de la despensa y el frigorífico llenos de comida preparada, mientras que Gil compraba legumbres, arroz, carne congelada y pasta en grandes cantidades, y lo ponía todo a buen recaudo en los armarios y el congelador. Ahora podía oír a los niños husmeando por todas partes como ardillas, sus garras arañando el celofán de las bolsas de galletas y patatas fritas. Pensó en subir y detenerlos, pero antes siquiera de mover un músculo, los niños subieron las escaleras ruidosamente hasta sus cuartos y todo volvió a quedar en silencio.

Durante años, pensó, había estado llevando luto sin saber exactamente quién había fallecido ni cómo había sucedido. Primero había sentido el dolor cuando hacían el amor, pero se acostumbró a ello. Le proporcionaba placer, pero dejaron de buscar el rostro del otro y las palabras que empleaban para excitarse parecían mecánicas. Después, con el tiempo, hacer el amor se convirtió en algo más sombrío y doloroso.

Era como si Irene no estuviese allí y le observara desde debajo del agua. Tenía la certeza de que su mujer había emprendido una lucha con algún drama interior, cuya trama sólo descubriría una vez que ella lo hubiera resuelto. Temía que el desenlace no fuera a su favor. De modo que lo intentó. Pero sólo conseguía captar su atención por la fuerza, en la cama, y la rabia de los dos –se arañaban, se mordían e incluso se golpeaban– le resultaba a la vez tórrida e incómoda. Los días en que no tenía fuerzas para seducirla con regalos sorpresa, utilizaba a los niños para llegar hasta ella. Ante cualquier incidente, hacía una montaña de un grano de arena. Pero después, ella siempre volvía a escabullirse de entre sus manos.

Hubo un tiempo en que ella ansiaba posar para él. Mientras pintaba, se establecía entre ellos una suave corriente eléctrica, un campo de fuerza que cambiaba constantemente. Al principio Gil había dedicado toda su atención a su juventud, pero después pintó con devoción los efectos de la experiencia en la carne. La huella de su propia boca en la

de Irene. Los años, el tiempo. La nieve que resbala de la rama de un árbol hasta estrellarse contra el blanco suelo. La ternura cansada de Irene después de dar a luz. Sus pechos, calientes y febriles, mientras le subía la leche; hinchidos hasta alcanzar un tamaño precioso y tan sensibles que al menor roce le brotaba la leche. Había dado de mamar en el estudio, desnuda, sujetando al bebé en unos cojines; y él realizaba dos cuadros a la vez, uno por cada lado cada vez que cambiaba de postura. ¡Qué felices eran! Cuando los bebés empezaron a gatear y luego, cuando se convirtieron en niños pequeños, pintó su cuerpo mientras recuperaba su forma anterior y se iba endureciendo. Durante un tiempo la había obviado y pintado otras cosas. Pero le dio un enfoque mítico a los retratos; las representaciones de ella enseguida evocaban problemas de explotación, el cuerpo indígena, la insaciable voracidad de la Historia. Más aún, su técnica había progresado hasta culminar en un estilo que le concedía una autoridad casi ilimitada. El expresionismo abstracto había sido la tiranía del momento, pero él, de manera desafiante, se había mantenido fiel a la pintura figurativa y ahora su dominio de las técnicas de los viejos maestros resultaba casi aplastante.

El distanciamiento de Irene despertó en Gil un ansia devastadora. Sus secretos le habían conducido a un abatimiento maniaco depresivo durante el cual produjo las mejores obras de su vida. Fuese cual fuese su pecado, él creía verla con ojos puros. La gente decía de él que era un hipócrita encantador, pero en su arte su única obsesión era alcanzar la verdad. De modo que se preguntaba cómo podía echar la culpa a su cuerpo, y se pintaba a sí mismo en el cuadro, en el espejo como Velázquez, o acercándose sigilosamente a una prostituta mientras se está dando un baño como Degas. Aunque su pincel no fuera más que unas pestañas de gato y sólo tuviera un único lienzo con el que trabajar el resto de su vida, su obra sería siempre un retrato de Irene.

Ella le había amado intensamente. Le había admirado y había confiado en él. Había creído que era el hombre más extraordinario del mundo. En realidad, seguía manteniendo esto último. Sólo que ahora lo decía de un modo que le resultaba condescendiente.

Se levantó y echó la silla hacia atrás. Se estiró, recogió la lata, cerró la puerta con cuidado y subió las escaleras. Esa noche le tocaba cocinar. El hombre con el que Irene le engañaba no sabía cocinar. De eso estaba casi seguro. Ni siquiera sabía cómo era capaz de quedar con el hombre del que sospechaba, un hombre que había sido amigo de Gil. Germaine vivía a unos dos mil seiscientos cincuenta y ocho kilómetros de allí, en una colina de Seattle con su esposa Lissa, una mujer vulnerable dedicada a la ayuda humanitaria y cuyas buenas obras afortunadamente la llevaban por todo el mundo sin él. Germaine Okestaf-Becker tenía un nombre compuesto, unido por un guión; sonaba tan políticamente correcto que daban ganas de vomitar. Además tenía más sangre india que Gil, tres cuartas partes frente a un cuarto, de modo que Germaine le ganaba por media cantidad, lo cual suponía una gran ventaja dado que las mujeres mestizas, por regla general, no pueden resistirse a los hombres más morenos, e Irene seguramente tampoco, aunque se cuidaba mucho de decirlo. Aun así, Gil estaba casi seguro de que su rendimiento sexual era más que correcto –por decirlo crudamente, bueno, no importa...-. Al fin y al cabo, ella le había elegido como padre de sus hijos. Las mujeres indígenas, sea cual sea su porcentaje de sangre india, se muestran muy selectivas a la hora de elegir a los hombres con quienes desean tener a sus hijos, no sólo por los genes, etc., sino también por cuestiones de inscripciones tribales y de derechos a percibir ayudas del Gobierno, que se extienden incluso a la preferencia para ingresar en la universidad. Tener hijos era lo más importante.

Irene debió de quererle mucho para tener sus hijos con él cuando sus raíces indias –una mezcla de klamath y cree y de chippewa de Montana sin tierras– no habían sido reconocidas. Por ello no cobraba, claro está, el subsidio per cápita procedente de los casinos indios y tenía que vivir de su talento artístico. Estaba bastante seguro de que ella se había casado con él por su arte y que sólo después descubrió, poco a poco, que no resultaba nada divertido convivir con su pintura. Su talento no era él; su talento le hacía aburrido como persona, y además, bebía demasiado por las noches porque la concentración exigida durante el día le dejaba extenuado. Pero ella también, y cada vez más, bebía demasiado y le agotaba a él.

Ahora se sentía exhausto y echaba de menos a Irene. Esa hora

intercalada entre el día de ella y el suyo hacía que Gil se sintiera invisible. Se sirvió un vaso de vino y recorrió la cocina con la mirada hasta centrarse en algo. Sacó del frigorífico unos huevos, mantequilla, queso *cheddar* curado y leche. Unas pocas semanas atrás, Irene había comentado algo sobre un *soufflé* de queso. Le daría una sorpresa; le iba a encantar. Cogió su libro de cocina preferido, mantuvo la página abierta con un pesado marcapáginas transparente, especial para cocineros, y empezó a seguir las instrucciones con sumo cuidado. Le encantaba cocinar y también hacer la colada, porque algo llevado a cabo siguiendo unas instrucciones al pie de la letra ofrecía unos resultados inmediatos y positivos.

Gil comprobó la disposición de la mesa. Muy satisfactoria. Platos verdes, servilletas amarillas. El *soufflé* de queso. *Baguette* crujiente. Ensalada fresca de brotes tiernos de espinacas, nueces tostadas y pera. Una botella de vino blanco bien fría.

–Bueno, ¿qué ha hecho hoy todo el mundo? –preguntó Gil–. Stoney, tú primero.

Stoney era un tímido niño de seis años que tenía una manera desconcertante de mover su pelo enmarañado, que se rizaba detrás de las orejas. Sus ojos eran más claros que su tez, algo que algún día le haría notablemente atractivo. Por ahora, se sentía confuso y torpe, y le faltaba uno de sus incisivos inferiores. Gil ya veía en su hijo a otro artista. Se veía reflejado en la pasión que sentía Stoney por el dibujo y la pintura. Al mismo tiempo envidiaba las ventajas de su hijo e incluso codiciaba los preciosos materiales que Irene compraba para él. A veces Gil cogía algún grueso papel que Stoney había desechado tras garabatear apenas un par de rayajos con lápiz. Gil se llevaba esos retazos para utilizarlos en su propio estudio y recordaba cómo había llegado a dibujar con un miserable bolígrafo, el cabo de un lápiz o un marcador de cera robado en una tienda de ultramarinos. Sus primeros trabajos habían sido dibujos garabateados en trozos de cartón, en el interior de cajas de macarrones y cereales, o en el papel de envolver recuperado de la basura de una tienda.

–¿Qué has dicho? ¿Qué has hecho? –preguntó Gil a Stoney.

–He pintado.

–¿Qué has pintado?

–Como unos decorados. Para una obra de teatro.

–No se empiezan las frases por «como». ¿Podrías decirlo de nuevo?

Stoney miró de un lado a otro en busca de ayuda. Irene puso su mano en el brazo de Gil, dio unas palmadas en su muñeca hasta que él la miró.

–Decorados para una obra de teatro.

–¿La frase completa?

–Stoney ha pintado un decorado para una obra de teatro, Gil. Eso está genial para un niño de seis años –Irene se sirvió un poco de ensalada y luego añadió en un tono más conciliador–: Tu *soufflé* está buenísimo. ¡Eres un gran cocinero!

–¿Quién podría imaginarse que un artista de tal categoría también fuera capaz de ser tan brillante con un humilde huevo? –apostilló Florian. Poseía el rostro de un fauno, sutil y con cierta picardía. De todos ellos, era el que más se parecía a Gil.

Gil se dirigió de nuevo a Stoney.

–¿Qué tal avanza tu proyecto sobre el oso negro?

–No es sobre osos negros, papá.

–¿Ah, no? ¿De qué va?

–Lobos.

El tenedor de Irene se detuvo sobre una medialuna de pera Bosc. Dejó el cubierto al lado de su plato. Lobos. Osos negros. Había cometido el mismo error en su diario, y lo había apuntado. Se quedó mirando el plato fijamente tanto tiempo que Gil lo percibió. Tenía la respiración entrecortada.

–¿Estás bien?

–No me encuentro bien –dijo Irene.

Los rostros de los niños se quedaron petrificados; parecían extremadamente asustados. Riel –la disoluta y sensiblera Riel– se levantó de su silla para tocar la manga de su madre.

–Mamá...

–Estoy bien, de verdad, sólo me duele un poco la cabeza. De repente. Tengo que irme...

Sus cabezas giraron tras ella mientras abandonaba la habitación.

–No os quedéis embobados –dijo Gil. Se sirvió el resto del vino–. Y no os bebáis toda la leche antes de terminar de comer. Florian, ¿tu ensalada?

–Sí, papá.

–Sólo una rebanada de pan, Riel, y no te pases con la mantequilla.

–¿Mamá está bien?

–En cierto modo, sí; en cierto modo, no. Y ahora, no hagáis más preguntas.

2 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Te habías vuelto descuidado, y desde hacía ya algún tiempo tenía esas extrañas sensaciones. Como si pudieras leer mi mente o anticipar mis pensamientos. Te mostrabas muy meticuloso a la hora de guardar mi diario tal y como lo habías encontrado y sin tocar nada en mi despacho. Pero había algo más. No me lo podía imaginar. Fue una total falta de imaginación por mi parte. O al menos eso pensé al principio. Pero ahora, sentada en esta pequeña sala privada del banco, me doy cuenta de que no incluí muchas verdades en mi diario rojo. Y lo escondí. Debí de intuir entonces que no serías capaz de resistir la tentación de abrirlo, en busca del secreto.

Llevas pintándome casi quince años. Durante todo ese tiempo, he tenido secretos. Los he ido dejando reposar como libélulas en la superficie de mi cuerpo. Una vez, incluso me pintaste en el muslo una elaborada ala, transparente y venosa, y pensé: «¡Lo ve!».

Nuestros hijos nacieron en tus manos. ¿Qué más has de saber?

Me enseñaron a pensar que la vida surge ineluctablemente en el momento de la concepción y que cuesta mucho cambiar su curso. Lo mismo sucede con el amor, y hubo malos augurios desde el principio: la noche antes de la boda soñé que unos perros salvajes me atacaban violentamente hasta despedazarme. Apenas has conocido a tu padre, y tu madre padecía de una extraña debilidad en el lado izquierdo de su cuerpo que le hacía inclinarse hacia el otro lado de un modo siniestro. Eres, por desgracia, unos trece años mayor que yo. Pero lo más significativo de todo es que deseas poseerme. Y mi error ha sido amarte y dejarte creer que podrías hacerlo.

Cuando abandoné la agradable cena que habías preparado, bajé las escaleras hasta mi despacho y arrimé la silla. Osos negros. Lobos. Y el *soufflé*. Era evidente. Puse la mano sobre la fría madera de roble del escritorio, palpé el cerco donde habías dejado la lata y noté la marca pegajosa justo ahí donde no habías limpiado el refresco derramado.

Irene subió hasta la cocina y fregó los platos que los niños habían

amontonado con cuidado en la encimera. Ahora se encontraban haciendo los deberes en sus habitaciones. Los llamaría de uno en uno y repasaría con ellos las lecciones así como los ejercicios de piano. Gil estaba viendo la CNN al lado de la cocina, en el cuarto de estar. Había quitado el sonido y hablaba por teléfono. El día avanzaba inexorablemente hacia la hora de irse a la cama. Los perros dormían en el pasillo delante de la escalera principal.

Dondequiera que estuviesen los miembros de la familia, esos dos perros de seis años, ambos mezcla de pastor, tomaban sus posiciones en el punto central de las idas y venidas de la casa. Gil los llamaba «perros conserjes». Y era cierto, eran inquisitivos y serviciales. Pero no zalameros ni demasiado juguetones. Más bien observadores y pensativos. A Irene le parecía que tenían cierto halo de gravedad. Un comportamiento solemne. Los comparaba con diplomáticos. Se había fijado en que cuando Gil estaba a punto de perder los nervios, siempre aparecía uno de los perros y hacía algo para distraerle. A veces se comportaban como tontos, pero era una actuación brillante. En una ocasión en que Gil se puso furioso tras recibir una factura por retrasarse en la devolución de una cinta de vídeo que se había extraviado, uno de los perros se dirigió directamente a él y levantó la pata sobre su zapato. Gil le estaba gritando a Florian cuando le salpicó la orina, y ella percibió un repentino sentimiento de orgullo en el animal.

En cuanto los niños se durmieron, Irene se deslizó en el cuarto de baño, echó el pestillo a la puerta, llenó la bañera y se sumergió en el agua caliente. Era una bañera antigua, larga y honda, e Irene podía levantar un poco las caderas y estirar las piernas hasta el rebosadero. Si hubiese nacido india doscientos años antes, habría deseado ser lo suficientemente afortunada como para haber pertenecido a una tribu con un manantial de aguas termales. Habría luchado sin piedad contra el hombre blanco por un baño de agua caliente. Vivir sin agua caliente sería difícil de soportar. Se figuraba que eso la convertía en un ser vulnerable, demasiado acomodada y de alguna manera limitada. Pero no se trataba sólo del bendito calor del agua. Se trataba de su desnudez.

Poder estar a solas con su desnudez. Y sin que existiera la menor exigencia por su desnudez, ni por parte de su marido, cuya reacción ante su cuerpo desnudo resultaba demasiado compleja, ni por parte de sus hijos, que pensaban cuando eran pequeños que su desnudez era una broma divertida; ni siquiera por parte del espejo, que le exigía que valorase su cuerpo como una mujer, a través de los ojos de los demás.

Cuando salía con Gil, cultivaba un aspecto un tanto desaliñado. Sabía que aun así era una mujer llamativa. Llevaba el cabello enmarañado y se aplicaba a conciencia tonos de maquillaje que ya no estaban de moda. Sombra de ojos de un color verde chillón. Barra de labios de color heliotropo. Rojo. A veces se cubría el rostro con una gruesa capa de polvos blancos, como una geisha. Era alta y delgada, morena, y le costaba expresarse. Un marchante de arte la había comparado con una pantera y Gil, divertido, lo había repetido durante semanas, pero a Irene le habría gustado que su silencio le otorgara un aire seductor y no torpe y cohibido. Cualquiera que fuera su poder residía en su fingida indiferencia.

Tenía que despojarse del peso de la mirada de Gil. Pasar inadvertida. De ese modo podría calmar poco a poco el dolor de tener conciencia de sí misma. Por eso, los baños eran espirituales. No sólo aseaban, sino que además restauraban. Irene podía sumergir su conciencia en sensaciones meramente físicas: un alivio ingrátido, la lánguida suspensión de sus manos, el leve sudor de su frente, el cuero cabelludo tan tieso como un gorro, el liviano ardor detrás de sus párpados cerrados, el latido del pánico en su garganta.

Las palabras permanecían aún en su garganta –«Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo»– cuando Gil llamó a la puerta del cuarto de baño.

–¿Puedo pasar?

–Está cerrado con llave. Estoy en la bañera.

–¿Qué haces?

–Me estoy dando un baño.

–¿Tardarás mucho?